Globethics Repository



Una confesión común de esperanza
[A common confession of hope]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Consejo Mundial de Iglesias
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 09:10:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155955

UNA CONFESION COMUN DE ESPERANZA

Bangalore 1978, Consejo Mundial de Iglesias

I. Acción de gracia

¡Bendito sea Dios! El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Cristo es nuestra esperanza; el poder del amor es más fuerte que el mundo.

El vivió en la tierra; el Sí de Dios para la salvación del mundo.

Fue crucificado y resucitó; el primer fruto de la nueva humanidad.

El está presente en su Iglesia; El está presente en los que sufren;

—El está con nosotros.

El volverá en gloria; nuestro juicios y nuestra esperanza.

—Develando este Sí de salvación.

Recibimos este don del Dios viviente.

—Su Espríritu penetró en nuestros corazones.

¡Demos gracias con regocijo!

II. Voces del esperanza

En muchos lugares del mundo entero hay gente participando en este "sí". Aun en medio de los gritos de desesperación escuchamos voces de esperanza.

Una canción latinoamericana.

Porque El entró en el mundo y en la historia,
porque El quebró el silencio y la agonía,
porque llenó la tierra de su gloria,
porque fue luz en nuestra noche fría.

Porque El nació en un pesebre oscuro,
porque vivió sembrando amor y vida,
porque partió los corazones duros,
y levantó las almas abatidas.

Por eso es que hoy tenemos esperanza,
por eso es que luchamos con porfía,
por eso es que hoy miramos con confianza,
el porvenir, en esta tierra mía.

En todas partes se cantan canciones de esperanzas y anhelos. Hemos podido escuchar muchas de ellas en las confesiones de esperanza que hemos estudiado —una desconcertante variedad—: de los

que tienen hambre de pan, justicia y paz; de los que anhelan liberarse de las dolencias del cuerpo y de la mente; de los que buscan una nueva comunidad de mujeres y hombres; de los que buscan autenticidad cultural; de los que esperan un uso responsable de la ciencia y la tecnología; de los que evangelizan y trabajan por la difusión del Evangelio; de los que trabajan por la unidad visible de las Iglesias. Hasta nos hemos enterado de las insinuaciones de esperanza de quienes están reducidos al silencio. En su mismo silencio hay una palabra para quienes puedan escuchar.

III. Las esperanzas encuentran esperanzas

Hemos escuchado estas voces porque nosotros mismos somos llamados a dar cuenta de nuestra esperanza (1 P. 3:15). Somos un grupo de 160 cristianos reunidos en la India, provenientes de muchas iglesias de todos los continentes, como Comisión de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias. Nuestro mandato de las iglesias es promover la causa de la unidad visible de la iglesia. Para esta tarea lo principal es que las iglesias aumenten su capacidad para dar testimonio común de su fe.

Como paso preliminar, la Comisión ha estado trabajado desde 1971 para formular una confesión común de esperanza. Hoy queremos hablar de nuestro futuro común a los miembros de la Iglesia en todas partes y a todos los demás que quieran escuchar. Los problemas han sido formidables: diversidad confesional y cultural; situaciones políticas y sociales profundamente separadas; la amenaza a su aplicabilidad en un mundo rápidamente cambiante; la necesidad de oir nuevas voces que hasta ahora han sido dejadas de lado en la discusión teológica. Sin embargo, la propia tentativa hecha en común se ha vuelto una fuente de esperanza. Hemos redescubierto la fuerza del Evangelio para inspirar el testimonio común. Nos hemos acercado más mutuamente, y se han establecido nuevas formas de comunicación entre quienes tenemos esperanza.

La confesión común se basa en el encuentro de varias confesiones de esperanza. Este encuentro demostró ser importante. Nos ha ayudado a distinguir entre un plano en que se esperan cosas específicas —por ejemplo, tener alimentos suficientes— y otro donde surge la pregunta: "¿Por qué esperas lo que no puedes ver?" (cf. Rom. 8:25).

El encuentro nos ha proporcionado **humildad** porque nos ha incitado a ser más autocríticos. Es necesario distinguir las esperanzas de los deseos y anhelos. Algunas de nuestras expectativas son poco más que deseos y anhelos no sometidos a examen o bien expresiones de temores y ansiedades, a menudo contradictorios entre sí. El deseo de un país de expandir su economía puede causar la pobreza en otro. Una lucha por el poder necesaria en un país puede parecer contradictoria del uso responsable del poder en otro. Algunos llegan

a decir: "Las esperanzas propias se convierten en la desesperación de otros".

Pero nosotros nos negamos a creer que las esperanzas de la humanidad sean en última instancia contradictorias; las esperanzas dadas por Dios son multifacéticas y complementarias. Pero los corazones humanos son pecaminosos y sus deseos pueden ser equivocados. Necesitan ser juzgados y purificados. Cristo es el juez de las esperanzas humanas. El calibra nuestros deseos.

El encuentro de las esperanzas humanas es también **alentador** para nosotros, porque en él nos hemos dado cuenta del poder y la orientación del Espíritu Santo. Por medio de este Espíritu nos hablan las esperanzas de otros, a menudo sin proponérselo, a veces inesperadamente. El encuentro de esperanzas apunta a una más amplia comunión de esperanza con todos los demás y con el Espíritu de Dios. Además, puede apuntar a una comunión más amplia entre quienes creen en Cristo y quienes no creen en El. "La esperanza de uno se convierte en la esperanza de otro".

IV. Nuestra esperanza en Dios

La Iglesia es una comunidad de quienes esperan en Dios y por lo tanto es posible un encuentro real entre nuestras esperanzas.

No somos los primeros en expresar tal fe y esperanza. Muchos lo han hecho antes que nosotros. Nos circunda una multitud de testigos que dieron su testimonio aún a costa de sus vidas. El fiel testimonio de la esperanza humana en Dios es Jesucristo. Y cada vez que celebramos el recuerdo de El, recibimos gracia y poder para dar nuestros testimonio.

Jesucristo es nuestra esperanza. En su vida fue completamente obediente a Dios el Padre. El se identificó con los despreciados por la sociedad. Predicó un mensaje de la venida del reino de Dios que nos sostiene con su visión de un mañana que no puede ser negado. El fue aprisionado, torturado y muerto. En Su Cruz y con su resurrección Dios destronó las fuerzas del pecado, la culpa, la muerte y el mal. Dios concilió al mundo con él. Dios defendió su imagen en todos —niños, mujeres y hombres— y les ofreció una nueva dignidad como hijos de Dios. Por esta razón esperamos que todo lo que amenaza la dignidad humana, incluyendo la propia muerte, será finalmente destruido; finalmente, porque en este mundo esas fuerzas amenazadoras, aunque superadas, no están todavía destruidas; nuestra esperanza actual está unida a la acción de Dios en la historia y a la vida eterna del tiempo que vendrá. Pero nosotros sabemos que somos aceptados por Dios como pecadores perdonados y por lo tanto tenemos la certeza de que podemos, aquí y ahora, colaborar con Dios para dirigirnos a su reino. En Cristo, como en un espejo, vemos la voluntad de Dios. Cristo vendrá como la revelación de la verdad y la justicia. El juicio final del mundo es su y nuestra seguridad de que

el victimario nunca triunfará en definitiva sobre la víctima. Esta esperanza final en el señorío de Cristo y la venida del reino de Dios no puede divorciarse de, o identificarse con nuestras esperanzas históricas de libertad, justicia, igualdad y paz. Nuestras luchas por el bienestar humano son juzgadas y transformadas en una vida con Dios señalada por los dones del perdón, la nueva vida y la salvación. Como anticipación, nos atrevemos a esperar que los anhelos y luchas humanos se justifiquen y que su resultado final esté en las manos de Dios.

Ofreciendo a su Hijo no para condenar al mundo sino para que el mundo pudiera salvarse por medio suyo (Jn. 3:17), **Dios el Padre** confirmó que el mundo es su creación y le manifestó su fidelidad. Nosotros también seremos fieles al mundo. El amó la obra de sus manos y la consideró buena. Por lo tanto tenemos esperanza de una sociedad que no viole la bondad de la naturaleza. En la confianza de que él también ha deseado que la criatura humana tenga poderes creativos, tenemos esperanza de que la razón humana pueda serutilizada responsablemente para forjar el futuro. El Creador es justo; su ley y su justicia restaurarán el derecho de quienes están oprimidos. Por lo tanto tenemos esperanza en nuestros esfuerzos por la justicia y los derechos humanos. Este mundo está lleno de sufrimiento e injusticia, pero como mundo de Dios es el lugar de nuestra obediencia, en la confianza que él no permitirá que escape de sus manos. Cuando, siguiendo a Cristo, luchamos contra el mal, no lo hacemos solamente en la esperanza de una mayor felicidad humana; también lo hacemos en la esperanza de que los opresores se arrepentirán y dejarán de serlo, y que todos se volverán a Dios en fe y juntos recibirán la bendición que El desea para ellos.

El Dios viviente resulta accesible para nosotros por el Espíritu **Santo** que confirma la presencia de Dios en nuestras vidas y nos hace miembros del cuerpo de Cristo, la Iglesia. Por el Espíritu Santo tenemos esperanza de que nuestras vidas ya puedan mostrar signos de la nueva creación. Por el Espíritu, Dios nos da su poder y su guía. El Espíritu nos libra de los poderes de las tinieblas, estimula nuestros espíritus, despierta nuestras energías, nos da visiones y sueños, nos exige trabajar por la comunión verdadera, superando, las barreras que ha levantado el pecado. A través del Espíritu Santo el amor de Dios se derrama en nuestros corazones. No puede haber verdadera esperanza sin amor. Obrar en esperanza es posible para todos: para quienes pueden trabajar abierta y públicamente y también para aquellos cuyo amor y cuya acción se expresan en el sufrimiento y la oración. Puesto que las promesas de Dios conciernen a toda la humanidad, esperamos y rogamos que el Espíritu nos autorice a proclamar las buenas nuevas de salvación y a esforzarnos por su concreción en la vida. Esta es la misión del individuo y de la Iglesia como tal.

V. La Iglesia: Una comunión de esperanza

"¡El Señor ha resucitado!" El está presente y poderoso en medio de su pueblo, haciendo a cada uno de sus miembros parte del otro y de su Cuerpo, la Iglesia. El es el Maestro; ellos son los discípulos. El es la vid; ellos son los pámpanos. A quienes depositan en él su fe, ofrece una comunión de esperanza y los envía como signo de esperanza para toda la humanidad.

Ellos comparten su propia vida divina, la comunión del Padre, Hijo y Espíritu Santo, un Dios cuyo propio ser se refleja en todo lo creado en amor. En la comunidad cristiana de fe, compartiendo la confesión de los apóstoles, reunidos en torno a la palabra de Dios y tomando parte de los sacramentos, se nos da el poder de compartir con los demás. Podemos regocijarnos con los que se regocijan y llorar con los que lloran. Podemos tener responsabilidades recíprocas. Es en esta comunión que también aprendemos a compartir las esperanzas de cada uno. Este encuentro de esperanza en sí mismo ha sido preparado por Dios para que sea un signo en cualquier situación y lugar; ¡Cristo nuestra esperanza, el poder del amor!

Puesto que esta es la realidad espiritual de la Iglesia, estamos avergonzados de cómo nos manifestamos verdaderamente en nuestras iglesias. La comunión de esperanza está tan desdibujada que es casi irreconocible. El testimonio común está herido por las divisiones. Demasiado a menudo y con demasiada claridad, nuestras iglesias reflejan los pecados de la sociedad y se colocan del lado del privilegiado y del poderoso. Frecuentemente se niega a las mujeres sus legítimos puestos de dirección en la vida de la iglesia. Miembros y ministros no se identifican plenamente entre sí. Más escandaloso es todavía que nuestras iglesias no adoren juntas a Dios en torno a la Mesa Común. Muchos de nuestros contemporáneos consideran una parodia llamar a esto un signo de esperanza. La esperanza en la renovación y unidad de nuestras iglesias es con frecuencia nuestra más difícil tarea espiritual.

Sin embargo, tenemos esperanzas de que la Iglesia de Cristo se manifieste más en nuestras iglesias. Tenemos esperanzas en la recuperación y utilidad de su misión. La comunión, aunque desdibujada, no está perdida; no está basada en sus miembros sino en Dios. Le ha sido dada la Palabra y la Palabra perdura. El Espíritu que ha estado obrando a través de las edades está presente en nuestra época para restablecer una comunión creíble. ¡Construida sobre tales bases, esta comunidad se convertirá en una comunidad de arrepentimiento!

Somos testigos de que existe este poder en las iglesias. Tenemos esperanza en esta comunión. Y creemos que esta comunión, incompleta como es ,puede convertirse en un signo de esperanza para otros. La comunión en Cristo ofrece la posibilidad del encuentro más allá de las barreras humanas. Restablece las relaciones en el respeto mutuo sin sacrificar convicciones. Puede ser un terreno experimental

para el testimonio que da cada iglesia. Sin caer en el conformismo, las iglesias pueden rendirse cuentas mutuamente. Es también una fuente de esperanza porque a medida que viven por el perdón de Dios, pueden también extender el perdón a otras iglesias y enriquecerse con el testimonio y compromiso de éstas. Finalmente, la comunión en Cristo es una fuente de esperanza cuando resulta un anticipo del reino de Dios y no se conforma con las cosas como son.

Así, la Iglesia agradece a Dios una prefiguración, aquí y ahora, de lo que espera. Desde hace muchos la Iglesia ha adelantado su esperanza en su oración: Venga tu Reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestros pecados. Líbranos del mal.

VI. Esperanzas compartidas ante el futuro común

"¡Cristo ha resucitado!" ¿Qué significa tener una esperanza común en un mundo donde enfrentamos amenazas comunes? Hay compromisos cristianos comunes; la acción coordinada es posible, aunque en las distintas partes del mundo los énfasis sean diferentes.

Nuestra esperanza común es amenazada por las **crecientes y ya excesivas concentraciones de poder con sus amenazas de explotación y pobreza.** Ellas son responsables del abismo cada vez mayor entre ricos y pobres, no solamente entre las naciones sino dentro de cada nación. La explotación y dependencia política, el hambre y la desnutrición, son el precio que pagan los pobres por la superabundancia de bienes y poder disfrutada por los ricos. La concentración de poder lleva también a la formación de nuevas diferencias de clase y al mantenimiento de las actuales. Sin embargo, compartimos una esperanza común, porque creemos que Dios ha tomado partido en esta lucha (Sal. 103:6).

Nuestro futuro común está dominado por nuestra **creciente capacidad para modelar el mundo físico.** La ciencia y la tecnología han mejorado las posibilidades humanas. Usadas sabiamente pueden ayudar a alimentar a los hambrientos, sanar a los enfermos, desarrollar las comunicaciones, fortalecer la comunidad. La negativa de todos los pueblos en todas partes a usar estos poderes responsablemente, y especialmente la capacidad de los pueblos ricos para apropiarse de estos beneficios para sí mismos, nos amenaza con el colapso del medio ambiente, las catástrofes biológicas y la destrucción nuclear. Sin embargo, confiamos en la permanente acción del Espíritu Creador que no abandonará a sus criaturas y que puede movernos a actuar responsablemente como administradores de la creación.

La más alarmante concentración de poder de nuestro tiempo es el **aumento aparentemente incontrolable de los armamentos.** El actual arsenal de ojivas nucleares que poseen las superpotencias supera las 10.000 unidades: más de un millón de veces el poder aniquilador que devastó Hiroshima. Hasta el llamado Tercer Mundo

ha aumentado sus gastos en armamentos desde los ocho billones de dólares en 1957 a los cuarenta billones en 1977. Es importante no exagerar nuestras esperanzas, pero el Espíritu de Dios abre caminos más allá de las expectativas humanas. El mal no es necesario. El Espíritu puede colocar la levadura de la paz en los lugares más inesperados, y crear la esperanza de que es posible establecer la justicia sin recurrir a la guerra.

En todas partes hay presiones y fuerzas que amenazan desintegrar la comunidad humana. Se colocan en contradicción las razas, clases, sexos, y hasta las religiones. Los modelos de sociedad heredados están disolviendo y debilitando en todas partes la sensación de participación que da la comunidad. Al mismo tiempo, están emergiendo nuevas formas de comunidad que con su novedad también pueden crear ansiedades. Sin embargo, el Espíritu obra con una sorprendente libertad, preservando lo que sostiene la vida y haciendo nacer algo auténticamente nuevo. Por lo tanto, podemos tener valor para experimentar con nuevas formas de asociación, nuevas estructuras e instituciones, nuevas formas de relaciones humanas.

Nuestra común esperanza está amenazada por los **ataque a la dignidad humana.** Meros datos estadísticos para los programas, simples estereotipos para la discriminación, esclavos, víctimas, o simplemente los olvidados, los seres humanos y las posibilidades humanas son amenazados hoy en todas partes. Los derechos humanos individuales son violados por las detenciones arbitrarias y las "desapariciones". Estamos horrorizados por el creciente número de "prisioneros de conciencia" y el aumento del uso sistemático de la tortura como método corriente de ejercicio del poder. Pero los derechos humanos sociales son igualmente violados por la negación de alimentos, vivienda, trabajo, educación y asistencia sanitaria, todo ello complicado por el racismo y la discriminación basada en el sexo. No hay lugar del mundo donde no estén presentes algunas de estas violaciones. Quienes deshumanizan a otros se están deshumanizando a sí mismos. Sin embargo, tenemos esperanza porque Dios afirma la dignidad de "los últimos".

El compromiso con el futuro común y la vida misma están erosionados por **la insensatez y el absurdo.** En un contexto de abundancia, esto puede resultar del "respeto a las reglas de juegos" de una cultura que tiene como meta la búsqueda del éxito. En situaciones de rápido cambio cultural o social, puede nacer de la confusión provocada por el llamado a cumplir papeles no definidos previamente. En situaciones de explotación, dependencia y "marginación" puede ser impuesto por la sensación de impotencia y frustración que proviene de la incapacidad de actuar para uno mismo o la propia clase. Sin embargo, compartimos una esperanza común, porque el mismo Hijo de Dios resistió la amenaza de la insensatez y el absurdo. La saludable palabra de Dios llegará con distintos acentos: a los ricos los exhortará a renunciar a los falsos dioses;

a los confusos les ofrece la luz de la vida de Jesús para clarificar sus dudas: a los desposeídos les llega como un desafío y una autorización para emprender la lucha. A todos les promete que la vida tiene sentido.

Los problemas parecen abrumadores. El clamor por realismo es profundo en todos nosotros y plantea una especie de pregunta final sobre la esperanza cristiana. Pero nosotros creemos que cada acción legítima es importante porque Dios la bendice. Jesús alimentó a la multitud con los cinco panes y los dos peces que le trajo el joven. La esperanza vive con especial fuerza en las pequeñas acciones.

Sobre todo, nos atrevemos a tener esperanza ante la **muerte,** la última amenaza para nuestras aspiraciones y nuestras acciones. Como pecadores bajo el juicio de Dios estamos destinados a morir. Por lo tanto la muerte es el "último enemigo" de nuestras esperanzas. Con su poder paralizante ella penetra la vida, especialmente donde se lleva a las personas antes que hayan tenido una oportunidad de vivir. Sin embargo, la esperanza en Cristo se concentra precisamente sobre este enemigo. El triunfo de la gracia de Dios es la resurrección: la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado y todos sus aliados. El Apóstol dice: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos de todos los hombres los más miserables" 1 Co. 15.19). Nos alegramos que su crucial **"sí"** sea respondido inequívocamente: **no solamente** en esta vida. En este "no solamente" el da a la vida su horizonte de esperanza. El destino está superado. Hoy, y en el día de nuestra muerte, hay un mañana para nosotros.

La esperanza cristiana es un movimiento de resistencia contra el fatalismo.

VII. La esperanza como invitación al riesgo

"Cristo ha resucitado". Pero el resucitado es el Crucificado. Esto significa que nuestra vida en esperanza no es una garantía de seguridad sino una invitación al riesgo. Vivir en esperanza es no alcanzar en momento alguno nuestra meta sino estar siempre realizando un viaje preñado de peligro.

Vivir en esperanza es arriesgar **la lucha.** Se nos niega el privilegio de ser "tibios", de adoptar una seudo-neutralidd que simuladamente sostenga a los que están en el poder. Luchar es tomar partido abiertamente, diciendo "sí" a algunos a costa de decir "no" a otros. Si lo único posible es una paciente resistencia, esta también puede ser una forma de protesta. Bien podemos fracasar, puesto que Dios puede usar nuestros fracasos, para la realización de sus propósitos. La esperanza abarca el riesgo de la lucha.

Vivir en esperanza es arriesgarse al **uso del poder.** Algunos tienen demasiado poder como para merecer confianza; la mayoría tienen demasiado poco como para que sea efectivo. No es justo que unos pocos impongan sus decisiones sobre los más. Debemos

tratar de identificarnos con los débiles y ayudarlos a escapar de una vida de dependencia respecto a otros. Pero también debemos atender a quienes están en el poder, pidiéndoles que escuchen a "los condenados de la tierra", que utilicen el poder con justicia y lo compartan con quienes están al margen de él. La esperanza abarca el riesgo del uso responsable del poder.

Vivir en esperanza es arriesgarse a **afirmar lo nuevo y reafirmar lo viejo**. Afirmar lo nuevo es reconocer que Cristo nos precede; reafirmar lo viejo es reconocer que él no vino a destruir sino a cumplir, porque él es el mismo ayer, hoy y siempre. La esperanza nos *envía por senderos inexplorados y nos llama a descubrir lo nuevo* si está representado por el reto de nuevos contextos culturales, el llamado a nuevos estilos de vida o los reclamos de liberación desatendidos previamente. Cuando nos encerramos en el pasado podemos quedar sordos a las súplicas del Espíritu. A pesar de todo, el Espíritu reafirmará siempre la verdad de Cristo. Por lo tanto, la esperanza abarca tanto el riesgo de los nuevos rumbos como el de la fidelidad al pasado como respuesta a la tentación de modas pasajeras.

Vivir en esperanza es arriesgarse a la **autocrítica como medio de renovación.** En la cultura y en la Iglesia, la renovación se produce a través del reto a lo establecido, de modo que pueda ser revitalizado o bien dejado de lado. Pero la renovación en el verdadero sentido de la palabra no está en nuestro poder. Surge a medida que somos juzgados por Dios y conducidos al arrepentimientos y que damos frutos valiosos como producto de este arrepentimiento. Esto puede incluir también, sin embargo, una cierta alegría, un deseo de no tomarnos demasiado en serio. Solamente los que pueden reír de sí mismos pueden ser, en última instancia, serios respecto a los demás. La esperanza abarca el riesgo de la autocrítica como medio de renovación.

Vivir en esperanza es arriesgarse al **diálogo.** Un verdadero encuentro con otros puede desafiarnos a renunciar a posiciones de especial privilegio y tornarnos vulnerables. Entablar diálogo con personas de otras fe e ideologías es arriesgarse a que nuestra propia fe sea sacudida y a descubrir que para manifestar la verdad hay otras formas distintas a las que hasta ahora hemos aprendido. El diálogo con los judíos encierra especiales promesas y dificultades. Promesa de enriquecimiento, porque con ningún otro pueblo tenemos raíces comunes tan profundas; dificultades, porque los problemas teológicos y políticos que aparecen, amenazan con separarnos entre nosotros al mismo tiempo de ellos. La esperanza no teme al diálogo, porque en diálogo podemos lograr una mayor comprensión de nuestra propia fe y una comprenión más profunda de nuestros semejantes.

Vivir en esperanza es arriesgarse a **cooperar con aquellos con quienes discrepamos.** Cuando nos reunimos con otras personas en tareas humanas inmediatas, nos arriesgamos a ser utilizados y ab-

sorbidos. Pero cuando encontramos a los que, no reconociendo el nombre de Cristo, están sirviendo a la humanidad, podemos acompañarlos tanto porque todos somos criaturas de Dios como, si la ocasión lo permite, para dar cuenta de nuestra propia esperanza. La esperanza es querer arriesgarse a cooperar con quienes discrepamos.

Vivir en esperanza es arriesgarse a **nuevas formas de comunidad entre mujeres y hombres.** Esto reclama una gracia y comprensión que pueda dejar de lado estructuras, estereotipos y resentimientos y los transforme en nuevas formas de vida en común, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Se nos desafía a descubrir, en base a la escritura y la tradición, formas contemporáneas para expresar la comunidad y la igualdad y, especialmente, a volver a comprender lo que significa ser creado a imagen de Dios.

Vivir en esperanza es arriesgarse al **desprecio.** Para la mayoría de nuestros contemporáneos nuestra esperanza parece vana; en el mejor de los casos irrelevante, en el peor, malevolente. Vivir en esperanza es, sin embargo, seguir dando testimonio del poder salvador de Jesucristo si somos desatendidos o atacados. Como difundir el Evangelio no es solamente nuestra misión sino también nuestro privilegio y alegría, podemos correr el riesgo del ridículo.

Vivir en esperanza es arriesgarse a **morir en virtud de aquella esperanza.** Ningún cristiano puede resolver que otro sea un mártir. Pero cada uno de nosotros afronta la probabilidad de que el testimonio de fidelidad sea un testimonio costoso. La esperanza cristiana no consiste en que la muerte pueda ser evitada sino en que la muerte pueda ser superada. Quienes realmente viven en esperanza se han conformado con la muerte y pueden arriesgarse a morir con Cristo. Para algunos esto es sólo retórica; para otros es la sólidad garantía con la cual afrontan cada nuevo día. Vivir en esperanza es aceptar el riesgo de la muerte en virtud de aquella esperanza.

> Es palabra fiel: Que si somos muertos con él, también
> viviremos con él;
> Si sufrimos, también reinaremos con él;
> Si negáremos, él también nos negará;
> Si fuéremos infieles, él permanece fiel:
> no se puede negar a sí mismo".
>
> (2 Ti. 2:11-13)